

Ulysses S. Grant salvó a la Princesa

El autor pagó la imprudencia de atravesar África sin documentación

Dentro de mi viaje transafricano en moto, llegué a la frontera entre Zambia y Zimbabue un mediodía. Allí cambié los pocos kwachas zambianos que me quedaban por rands sudafricanos. La moneda zimbabuense se había dejado de usar un tiempo atrás, debido a la hiperinflación: la última vez que el Banco Nacional había emitido un billete fue en el año 2008 y tuvo un valor nominal de mil millones de dólares zimbabuenses. Más o menos, un dólar estadounidense al cambio.

El sueldo cobrado por la mañana perdía la mitad de su valor por la tarde. La gente arrojaba paquetes de dinero a la basura, o se calentaba con ellos en surrealistas hogueras. Más que moneda, era una broma, y el Gobierno salido de unas amañadas elecciones en el año 2008 decidió liquidar la divisa local un año después. A partir de entonces, se funcionó con dólares estadounidenses o con rands de Sudáfrica.

Con esos antecedentes, no me extrañó que en el puesto fronterizo se respirase hostilidad y mal humor: aquellos funcionarios podían llevar meses sin cobrar sus salarios. No había ninguna simpatía ni voluntad de ponerle las cosas fáciles al “jodido extranjero blanco”.

Olor a chamusquina

Solicité un permiso temporal de importación para la Princesa. El oficial de policía me atendió en un cuarto cerrado. Estábamos solos. Explicó que mi documento keniano no servía allí, que su país no lo reconocía y que debía ofrecerle un título oficial que demostrase mi propiedad, pues la moto podía ser robada.

Aquello tenía que pasar tarde o temprano. En Kenia, había comprado una BMW R80 GS de 1992 al jefe de la televisión alemana en África del Este. Su anterior dueño la había tenido aparcada durante años. La Princesa, como yo la llamaba, se estaba mostrando un vehículo

La hiperinflación es un problema crónico en algunos países. Cuando los precios se disparan y los salarios no se abonan, la picaresca acaba siendo la única salida que queda.



duro y fiable, que, simplemente, había permanecido demasiado tiempo parado. Los problemas mecánicos sufridos en Zambia eran, en realidad, pequeños inconvenientes que no afectaban a lo esencial.

Cada día me sentía más enamorado de ella. No en vano, pasábamos incontables horas en completa soledad por las agrestes vías africanas, sin más compañía que nuestras sombras. Hablábamos, reíamos, cantábamos, nos comprendíamos, nos respetábamos. Nos compenetrábamos como si nos conociéramos desde mucho antes. Era un amor casi perfecto. Mejor dicho, más que perfecto. Y se alimentaba de gasolina, aceite y kilómetros.

Sin embargo, pecábamos: entre nosotros no había papeles firmados. El matrimonio entre esa dama y este vagabundo no estaba formalizado, no habíamos pasado por la vicaría, el juzgado o el notario. Viajábamos sin documentación. Éramos casi clandestinos. Y

eso era una falta muy grave en un continente tan formalista y burocrático. De hecho, ya había sido un milagro llegar hasta allí.

Con la insolencia que propicia la desesperación, insistí en mi propósito de llegar a Ciudad del Cabo. Intenté demostrarle a aquel policía los muchos kilómetros recorridos juntos. Si fuera robada, no hubiésemos llegado tan lejos. “Por favor –le rogué–, es muy importante para mí.”

Un bonito ejemplo de ayuda mutua

El agente cambió su palillo de dientes de lado y me observó desde su parte de la mesa. Finalmente, masculló que dejarme pasar le resultaba muy difícil. ¿Difícil? ¿Había dicho difícil? ¡Diablos! Cacé la oportunidad al vuelo: difícil significa complicado, problemático, arduo, lo que tú quieras, pero, sobre todo, imposible!

–Si usted me ayuda, quizá yo lo pueda ayudar –sugerí entre el bochorno y la esperanza.

El tipo me escrutó desde la penumbra de sus ojos enrojecidos. Un brillo casi luciferino se asomó a ellos. Él también había pillado mi balbuceante frase al vuelo.

–¿De cuánto es esa ayuda de la que estamos hablando?

¡Bingo! Propuse entonces resolver aquel litigio con la intermediación de un expresidente de Estados Unidos. ¿Qué tal Andrew Jackson? Fue un buen mandatario, con un origen muy humilde. Sin embargo, al policía no le convenció. Prefirió al más carismático Ulysses S. Grant. No importa: trato hecho.

Y así fue como el décimotercero presidente de Estados Unidos, cuyo barbado rostro adorna los billetes de cincuenta dólares de su país, me ayudó a traspasar aquella difícil frontera. El pobre Jackson, que aparece en los de veinte dólares, demostró un poder de convicción mucho más endeble. ●

MIQUEL SILVESTRE | Ilustración MAX